

THE HOMILY FOR THE 28TH SUNDAY IN ORDINARY TIME, YEAR C 10-12-25

Readings. 2Kings 5:14-17. 2Timothy 2:8-13. Luke 17:11-19

Our Theme this weekend: OUR NEED FOR HEALING AND CONVERSION.

Dear brothers and Sisters in Christ,

Today's Gospel takes us to the road between Samaria and Galilee, where Jesus encounters ten men afflicted with leprosy. They stand at a distance-excluded, rejected, forgotten, afraid; and cry out with one voice: "Jesus, Master, have pity on us!"

Jesus hears their cry. He does not turn away. He does not recoil from their wounds. Instead, He sends them to the Priests-an act of faith, because healing would only be confirmed by the Priest according to the Law. And as they go, they are made clean. But then comes the twist in the story: only one returns-he was a foreigner, a Samaritan-to give thanks to God. The others vanish into the distance, ***healed but ungrateful, touched by grace, but unmoved to gratitude. And Jesus asks, with a tone of sadness, "where are the other nine?"***

Dear brothers and Sisters in Christ, Gratitude is the language of faith. It is not just good manners. To believe is to recognize that all we have, and all we are, come from God's mercy. When the Samaritan falls at Jesus' feet, he shows that his healing has gone deeper than the skin. His body was cleansed, but his heart was converted.

Gratitude transforms healing into Salvation. That is why Jesus tells him, *"Your faith has saved you"*. Nine were healed, but only one was saved-because only one recognized God in Jesus and returned to give glory to God.

Dear beloved of God, here we notice the danger of spiritual indifference and neglect. How easy it is to be like the nine-when life is difficult, we cry out, "Lord have pity on me!" But when things get better, we move on, -back to business, distracted, self-sufficient, forgetting the giver of every good gift. I see this happen very often-when I go to visit the sick in the hospital, I ask the family members whether the sick person was a practicing Catholic, they will say, he or she used to go to Church many years ago. The unfortunate thing also is that the family members reveal that they have not been to church in a long time. Why cry to God only when we are in trouble? Always and every day, we should cherish God's love for us and keep working on the relationship we have with Him. ***Divine-human relationship has no magic touch to it, it requires that our need for conversion be real and not a flip flop deal.***

We live in a world that often takes blessings for granted: health, peace, family, faith. Yet each of these is a miracle of God's mercy. Every breath is God's grace. Every new day is a gift. The ungrateful heart becomes blind again, unable to see God's love at work. The first reading gives us another foreigner-the Syrian military official, who gives up his pagan ways after encountering God's mercy. He would not simply go back home without

expressing his gratitude to God. His healing ushered him into mission-he was never the same again.

Gratitude leads to mission. The Samaritan's gratitude did not end at Jesus' feet-it began there. ***True thanksgiving always sends us forth.*** When we recognize God's mercy, we are moved to share it. The Eucharist we celebrate today, means "Thanksgiving", is our return to Jesus, to fall at His feet and give glory to God. Every Mass is like that moment in the Gospel: Jesus has healed us through His cross, He cleanses us from the leprosy of sin through confession, and now He waits-He waits for our hearts to return in gratitude. ***Honestly speaking, I receive so many people who come to daily confessions, but majority of them, after confession they leave the Church and go, without giving a second thought to attend Mass.*** So, there is a problem of failure to connect the sacrament of Confession with the Holy Mass.

Dear beloved of God, let us re-examine ourselves: God's mercy is always upon us, let us not be like the nine who felt no need to come back to give thanks. Let us be like the Samaritan, humble, thankful, and full of praise. For a grateful heart is a healed heart, and a healed heart is a holy heart on mission for Christ. May our lives always proclaim: "Thank you, Lord, for your mercy endures forever". AMEN.

Rev. Fr. Silverino Kwebuza, AJ-Pastor.

HOMILÍA PARA EL 28.º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, AÑO C 10-12-25

Lecturas. 2 Reyes 5:14-17. 2 Timoteo 2:8-13. Lucas 17:11-19

Nuestro tema de este fin de semana: NUESTRA NECESIDAD DE SANACIÓN Y CONVERSIÓN.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

El Evangelio de hoy nos lleva al camino entre Samaria y Galilea, donde Jesús se encuentra con diez hombres enfermos de lepra. Se mantienen a distancia, excluidos, rechazados, olvidados, temerosos; y gritan a una sola voz: «¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!».

Jesús escucha su clamor. No se aparta. No retrocede ante sus heridas. En cambio, los envía a los sacerdotes, un acto de fe, porque la sanación solo la confirma el sacerdote según la Ley. Y al ir, quedan limpios. Pero entonces llega el giro inesperado de la historia: solo uno regresa —era un extranjero, un samaritano— para dar gracias a Dios. Los demás se desvanecen en la distancia, sanados pero ingratos, tocados por la gracia, pero impasibles ante la gratitud. Y Jesús pregunta, con tono de tristeza: "¿Dónde están los otros nueve?".

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, la gratitud es el lenguaje de la fe. No son solo buenos modales. Creer es reconocer que todo lo que tenemos y todo lo que somos

proviene de la misericordia de Dios. Cuando el samaritano cae a los pies de Jesús, demuestra que su sanación ha sido más profunda que la piel. Su cuerpo fue purificado, pero su corazón fue convertido.

La gratitud transforma la sanación en salvación. Por eso Jesús le dice: "Tu fe te ha salvado". Nueve fueron sanados, pero solo uno se salvó, porque solo uno reconoció a Dios en Jesús y regresó para darle gloria.

Queridos amados de Dios, aquí vemos el peligro de la indiferencia y el abandono espiritual. Qué fácil es ser como los nueve: cuando la vida se pone difícil, clamamos: "¡Señor, ten piedad de mí!". Pero cuando las cosas mejoran, seguimos adelante, volvemos a lo nuestro, distraídos, autosuficientes, olvidando al dador de todo bien. Veo que esto sucede muy a menudo: cuando voy a visitar a los enfermos en el hospital, pregunto a los familiares si la persona enferma era católica practicante y me dicen que solía ir a la iglesia hace muchos años. Lo lamentable también es que los familiares revelan que no han ido a la iglesia en mucho tiempo. ¿Por qué clamar a Dios solo cuando estamos en problemas? Siempre y todos los días, debemos apreciar el amor de Dios por nosotros y seguir trabajando en nuestra relación con Él. La relación divino-humana no tiene un toque mágico; requiere que nuestra necesidad de conversión sea real y no un asunto pasajero. Vivimos en un mundo que a menudo da por sentado las bendiciones: la salud, la paz, la familia, la fe. Sin embargo, cada una de ellas es un milagro de la misericordia de Dios. Cada

respiro es la gracia de Dios. Cada nuevo día es un regalo. El corazón ingrato se vuelve ciego de nuevo, incapaz de ver el amor de Dios en acción. La primera lectura nos presenta a otro extranjero: el oficial militar sirio, que abandona sus costumbres paganas tras encontrar la misericordia de Dios. No regresaría a casa sin expresar su gratitud a Dios. Su sanación lo impulsó a la misión; nunca volvió a ser el mismo.

La gratitud conduce a la misión. La gratitud del samaritano no terminó a los pies de Jesús, sino que comenzó allí. La verdadera acción de gracias siempre nos impulsa. Cuando reconocemos la misericordia de Dios, nos sentimos impulsados a compartirla. La Eucaristía que celebramos hoy, que significa "Acción de Gracias", es nuestro regreso a Jesús, para postrarnos a sus pies y dar gloria a Dios. Cada misa es como ese momento del Evangelio: Jesús nos ha sanado en su cruz, nos limpia de la lepra del pecado mediante la confesión, y ahora espera, espera que nuestros corazones regresen en gratitud. Honestamente, recibo a muchas personas que se confiesan a diario, pero la mayoría, después de confesarse, abandonan la iglesia y se van sin pensarlo dos veces en asistir a misa. Por lo tanto, existe el problema de no conectar el sacramento de la Confesión con la Santa Misa.

Queridos amados de Dios, reexaminémonos: la misericordia de Dios siempre está con nosotros; no seamos como los nueve que no sintieron la necesidad de volver a dar gracias. Seamos como el samaritano: humildes, agradecidos y llenos de alabanza. Porque un corazón agradecido es un corazón sanado, y un

corazón sanado es un corazón santo en misión por Cristo. Que nuestras vidas proclamen siempre: «Gracias, Señor, porque tu misericordia es eterna». Amén.

Rev. P. Silverino Kwebuza, AJ-Párroco. Nuestro tema de este fin de semana: NUESTRA NECESIDAD DE SANACIÓN Y CONVERSIÓN.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

El Evangelio de hoy nos lleva al camino entre Samaria y Galilea, donde Jesús se encuentra con diez hombres enfermos de lepra. Se mantienen a distancia, excluidos, rechazados, olvidados, temerosos; y gritan a una sola voz: «¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!».

Jesús escucha su clamor. No se aparta. No retrocede ante sus heridas. En cambio, los envía a los sacerdotes, un acto de fe, porque la sanación solo la confirma el sacerdote según la Ley. Y al ir, quedan limpios. Pero entonces llega el giro inesperado de la historia: solo uno regresa —era un extranjero, un samaritano— para dar gracias a Dios. Los demás se desvanecen en la distancia, sanados pero ingratos, tocados por la gracia, pero impasibles ante la gratitud. Y Jesús pregunta, con tono de tristeza: "¿Dónde están los otros nueve?".

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, la gratitud es el lenguaje de la fe. No son solo buenos modales. Creer es reconocer que todo lo que tenemos y todo lo que somos proviene de la misericordia de Dios. Cuando el samaritano cae a los pies de Jesús, demuestra que su sanación ha sido más

profunda que la piel. Su cuerpo fue purificado, pero su corazón fue convertido.

La gratitud transforma la sanación en salvación. Por eso Jesús le dice: "Tu fe te ha salvado". Nueve fueron sanados, pero solo uno se salvó, porque solo uno reconoció a Dios en Jesús y regresó para darle gloria.

Queridos amados de Dios, aquí vemos el peligro de la indiferencia y el abandono espiritual. Qué fácil es ser como los nueve: cuando la vida se pone difícil, clamamos: "¡Señor, ten piedad de mí!". Pero cuando las cosas mejoran, seguimos adelante, volvemos a lo nuestro, distraídos, autosuficientes, olvidando al dador de todo bien. Veo que esto sucede muy a menudo: cuando voy a visitar a los enfermos en el hospital, pregunto a los familiares si la persona enferma era católica practicante y me dicen que solía ir a la iglesia hace muchos años. Lo lamentable también es que los familiares revelan que no han ido a la iglesia en mucho tiempo. ¿Por qué clamar a Dios solo cuando estamos en problemas? Siempre y todos los días, debemos apreciar el amor de Dios por nosotros y seguir trabajando en nuestra relación con Él. La relación divino-humana no tiene un toque mágico; requiere que nuestra necesidad de conversión sea real y no un asunto pasajero. Vivimos en un mundo que a menudo da por sentado las bendiciones: la salud, la paz, la familia, la fe. Sin embargo, cada una de ellas es un milagro de la misericordia de Dios. Cada respiro es la gracia de Dios. Cada nuevo día es un regalo. El corazón ingrato se vuelve ciego de nuevo, incapaz de ver el

amor de Dios en acción. La primera lectura nos presenta a otro extranjero: el oficial militar sirio, que abandona sus costumbres paganas tras encontrar la misericordia de Dios. No regresaría a casa sin expresar su gratitud a Dios. Su sanación lo impulsó a la misión; nunca volvió a ser el mismo.

La gratitud conduce a la misión. La gratitud del samaritano no terminó a los pies de Jesús, sino que comenzó allí. La verdadera acción de gracias siempre nos impulsa. Cuando reconocemos la misericordia de Dios, nos sentimos impulsados a compartirla. La Eucaristía que celebramos hoy, que significa "Acción de Gracias", es nuestro regreso a Jesús, para postrarnos a sus pies y dar gloria a Dios. Cada misa es como ese momento del Evangelio: Jesús nos ha sanado en su cruz, nos limpia de la lepra del pecado mediante la confesión, y ahora espera, espera que nuestros corazones regresen en gratitud. Honestamente, recibo a muchas personas que se confiesan a diario, pero la mayoría, después de confesarse, abandonan la iglesia y se van sin pensarlo dos veces en asistir a misa. Por lo tanto, existe el problema de no conectar el sacramento de la Confesión con la Santa Misa.

Queridos amados de Dios, reexaminémonos: la misericordia de Dios siempre está con nosotros; no seamos como los nueve que no sintieron la necesidad de volver a dar gracias. Seamos como el samaritano: humildes, agradecidos y llenos de alabanza. Porque un corazón agradecido es un corazón sanado, y un corazón sanado es un corazón santo en misión por Cristo. Que

nuestras vidas proclamen siempre: «Gracias, Señor, porque tu misericordia es eterna». Amén.

Rev. P. Silverino Kwebuza, AJ-Párroco.